

Fragmento

El hipnotista

Lars Kepler



**LA NOVELA QUE ESPERABAN LOS FANS
DEL GÉNERO NEGRO SUECO**

Lars Kepler

EL HIPNOTISTA

Traducción de
María Sierra y Martin Leonsi

 Planeta

«Como el fuego, igual que el fuego», ésas fueron las primeras palabras que pronunció el chico hipnotizado. Pese a sufrir lesiones mortales, cientos de cuchilladas en la cara, las piernas, el tronco, la espalda, las plantas de los pies, el cuello y la nuca, se lo había inducido a un estado de hipnosis profunda con la esperanza de poder ver a través de sus ojos lo que había sucedido.

—Intento parpadear —murmuró—. Entro en la cocina pero noto algo raro, suena un crujido entre las sillas y un fuego muy rojo se extiende por el suelo.

El asistente de policía que lo encontró en la casa entre los otros cuerpos pensó que estaba muerto. El chico había perdido gran cantidad de sangre, había entrado en estado de *shock* y no recuperó la conciencia hasta siete horas después.

Era el único testigo superviviente, y el comisario de la policía judicial Joon Linna consideró que era probable que pudiera dar una descripción válida del asesino. Su intención había sido matarlos a todos, y posiblemente por eso no se

había molestado en ocultar su rostro durante los hechos.

No obstante, si las demás circunstancias no hubieran sido tan excepcionales, ni siquiera se habrían planteado recurrir a un hipnotista.

En la mitología griega, el dios Hipnos es un muchacho alado que lleva en la mano una amapola. Su nombre significa «sueño». Es hermano gemelo de la muerte e hijo de la noche y la oscuridad.

El término «hipnosis» fue utilizado por primera vez con su significado actual en 1843 por el cirujano escocés James Braid. Con esa palabra describió un estado similar al sueño, de aguzada atención y gran receptividad.

Hoy en día está científicamente demostrado que casi todas las personas son susceptibles de ser hipnotizadas, aunque aún varían las opiniones sobre la utilidad, la fiabilidad y los riesgos de la hipnosis. Probablemente esta ambivalencia tenga que ver con que se ha hecho un mal uso de la misma por parte de embaucadores, artistas y servicios secretos de todo el mundo.

Desde un punto de vista puramente técnico, es fácil llevar a una persona a un estado de conciencia hipnótico; lo difícil es controlar el desarrollo, acompañar al paciente, analizar y manejar el resultado. Sólo con una amplia experiencia y una gran capaci-

dad es posible dominar verdaderamente la hipnosis profunda. En todo el mundo no hay más que un puñado de verdaderos expertos en hipnosis con cualificación médica.

Madrugada del 8 de diciembre

Erik Maria Bark es arrancado repentinamente de su sueño cuando suena el teléfono. Antes de despertar totalmente se oye a sí mismo decir con una sonrisa:

—Globos y serpentinas.

El corazón le palpita por el súbito despertar. Erik no sabe lo que ha querido decir con sus palabras, no tiene ni idea de lo que trataba el sueño.

Para no molestar a Simone, sale sigilosamente del dormitorio y cierra la puerta antes de contestar.

—Sí, soy Erik Maria Bark.

Un comisario de la policía judicial de nombre Joon Linna le pregunta si está lo suficientemente despierto como para asimilar una información importante. Mientras escucha al comisario, sus pensamientos todavía caen en el oscuro espacio vacío posterior al sueño.

—Me han dicho que es usted muy bueno en el tratamiento de traumas agudos —dice Joon Linna.

—Sí —responde Erik con brevedad.

Se toma un analgésico mientras escucha el relato. El comisario explica que necesita interrogar a un testigo. Un chico de quince años ha presenciado un doble asesinato. El problema es que el muchacho ha sido gravemente herido. Su estado es inestable, se encuentra inconsciente, en estado de *shock*. Durante la noche se lo ha trasladado de la sección de neurología del hospital de Huddinge a la de neurocirugía del hospital universitario Karolinska de Solna.

—¿Quién es el médico responsable? —pregunta Erik.

—Daniella Richards.

—Es muy competente, estoy seguro de que ella puede...

—Es ella quien me ha pedido que lo llamara —interrumpe el comisario—. Necesita su ayuda urgentemente.

Erik vuelve al dormitorio para coger su ropa. La luz de una farola de la calle se filtra entre los dos estores. Simone está tumbada boca arriba y lo observa con una mirada extraña, vacía.

—No quería despertarte —dice él en voz baja.

—¿Quién era? —pregunta ella.

—Un policía..., un comisario, no he entendido cómo se llamaba.

—¿De qué se trata?

—Tengo que ir al Karolinska —contesta él—. Necesitan ayuda con un chico.

—Pero ¿qué hora es?

Ella mira el despertador y cierra los ojos. Erik observa que en sus hombros pecosos hay marcas de los pliegues de la sábana.

—Duérmete, Sixan —susurra él.

Luego saca su ropa al recibidor, enciende la lámpara del techo y se viste rápidamente. Una hoja de acero brillante relampaguea a su espalda. Erik se vuelve y ve que su hijo ha colgado los patines en la manija de la puerta de la calle para no olvidárselos. Pese a que tiene prisa, va al armario, saca el baúl y busca los protectores de los patines. Los coloca en las cuchillas afiladas, luego deja los patines sobre la alfombra del recibidor y sale del apartamento.

Son las tres de la madrugada del martes 8 de diciembre cuando Erik Maria Bark se sienta en su coche. La nieve cae lentamente del cielo negro. No hace nada de viento y los pesados copos se posan somnolientos sobre la calle vacía. Gira la llave en el contacto y la música empieza a sonar en suaves oleadas: Miles Davis, *Kind of blue*.

Conduce el breve trayecto por la ciudad dormida, desde la calle Luntmakargatan, por Sveavägen, hasta Norrtull. El lago de Brunnsviken se adivina como una abertura grande, negra, tras la nieve que cae. Entra a poca velocidad en el área hospitalaria, entre el hospital Astrid Lindgren, falto de personal, y la maternidad, pasa por delante del edificio de radioterapia y psiquiatría, aparca

en su plaza habitual, en el exterior de la clínica de neurocirugía, y sale del coche. El resplandor de las farolas se refleja en las ventanas del alto complejo. Sólo hay unos pocos coches en el aparcamiento de visitantes. Los mirlos se mueven con alas crepitantes en la oscuridad que rodea los árboles. Erik se percata de que a esa hora no se oye el rumor de la autovía.

Introduce la tarjeta de acceso, marca el código de seis cifras y entra en el vestíbulo, sube en el ascensor hasta la quinta planta y recorre los pasillos. Los fluorescentes del techo brillan en el suelo de goma azul como el hielo en una zanja. Es entonces cuando nota el cansancio tras la repentina subida de adrenalina. El sueño era muy bueno, aún tiene un regusto feliz. Pasa frente a un quirófano, continúa ante las puertas de la enorme cámara hiperbárica, saluda a una enfermera y piensa una vez más en lo que le ha contado por teléfono el comisario de la judicial: un chico con varias hemorragias internas, tiene cortes por todo el cuerpo, suda profusamente, no quiere estar tumbado, está inquieto y tiene mucha sed. Hacen un intento de hablar con él, pero su estado empeora rápidamente. Su conciencia se hunde al mismo tiempo que el corazón se acelera y la médico responsable, Daniella Richards, toma la adecuada decisión de no permitir que el policía se acerque al paciente.

Dos agentes uniformados están de pie ante la puerta de la sección número 18. Erik tiene la im-

presión de que la preocupación aparece en sus caras cuando él se acerca. Quizá sólo estén cansados, piensa cuando se detiene ante ellos y se identifica. Echan un vistazo rápido a la tarjeta, luego pulsan un botón y la puerta se abre con un zumbido.

Erik entra en la sala, le estrecha la mano a Daniella Richards y se da cuenta del gesto tenso en su boca, del estrés contenido en sus movimientos.

—Tómame un café —dice ella.

—¿Tenemos tiempo? —pregunta Erik.

—Tengo la hemorragia del hígado bajo control.

Un hombre de unos cuarenta y cinco años, vestido con unos vaqueros y una chaqueta negra, está de pie dando golpecitos a la máquina de café. Tiene el pelo rubio completamente revuelto, los labios serios, apretados. Erik piensa que quizá se trate de Magnus, el marido de Daniella. No lo ha visto nunca en persona, sólo en la fotografía del despacho de ella.

—¿Es tu marido? —pregunta Erik señalando con un gesto.

—¿Qué? —dice ella entre divertida y sorprendida.

—Pensaba que quizá Magnus te habría acompañado.

—No —se ríe ella.

—¿Estás segura? Puedo preguntárselo —bromea Erik, y empieza a caminar hacia el hombre.

El teléfono de Daniella suena y ella lo abre riéndose.

—Erik, para ya —dice antes de llevarse el teléfono a la oreja, y contesta—: Sí, soy Daniella.

Escucha pero no oye nada.

—¿Hola?

Espera unos segundos y luego se despide irónicamente con el saludo hawaiano: «Aloha.» A continuación cierra el teléfono y sigue a Erik.

Él se ha acercado al hombre rubio. La máquina del café emite zumbidos y silbidos.

—Tómese un café —dice el hombre, y le tiende un vaso a Erik.

—No, gracias.

El hombre prueba la bebida caliente, sonrío y se le forman unos pequeños hoyuelos en las mejillas.

—Está bueno —dice, e intenta volver a darle el vaso a Erik.

—No quiero.

El hombre bebe un poco más mientras lo observa.

—¿Le importaría prestarme su teléfono? —pregunta de repente—. Me he dejado el mío en el coche.

—¿Quiere que le deje mi teléfono? —pregunta Erik, muy serio.

El hombre rubio asiente con la cabeza y lo mira con sus ojos claros, grises como el granito pulido.

—Puede volver a usar el mío —dice Daniella.

—Gracias.

—De nada.

El hombre rubio coge el teléfono, lo mira y luego la mira a ella.

—Le prometo que se lo devolveré —asegura.

—Al fin y al cabo, sólo lo usa usted —bromea ella.

Él se ríe y se aparta.

—Tiene que ser tu marido —dice Erik.

Ella sacude la cabeza sonriendo; se la ve muy cansada. Se ha restregado los ojos y el perfilador gris plateado se le ha corrido por el pómulo.

—¿Puedo pasar a ver al paciente? —pregunta Erik.

—Por favor —asiente ella.

—Ya que he venido... —se apresura a añadir él.

—Erik, quiero escuchar tu opinión, me siento insegura.

Ella abre la pesada puerta en silencio y él la sigue al interior de la cálida habitación anexa al quirófano. En la cama yace un chico delgado. Dos enfermeras le vendan las heridas. Tiene cientos de cortes y pinchazos por todo el cuerpo. En las plantas de los pies, en el pecho y en el vientre, en el cuello, en la coronilla, en la cara, en las manos.

Su pulso es débil pero muy rápido. Tiene los labios grises como el aluminio, está sudando y sus ojos están fuertemente cerrados. La nariz parece estar rota. Un hematoma se extiende como una nube oscura bajo la piel, desde el cuello hasta el pecho.

Erik nota que, pese a las heridas, el rostro del chico es hermoso.

Daniella explica en voz baja su evolución, cómo ha variado el estado del muchacho, cuando de repente se interrumpe al oír un golpecito. Es el hombre rubio otra vez. Los saluda con la mano tras el cristal de la puerta.

Erik y Daniella se miran y abandonan la habitación. El hombre rubio vuelve a estar junto a la sibilante máquina de café.

—Un capuchino largo —le dice a Erik—. Podría hacerte falta antes de ver al agente que encontró al chico.

Entonces Erik comprende que el hombre rubio es el comisario de la policía judicial que lo ha despertado hace menos de una hora. Su acento finlandés no era tan evidente por teléfono, o tal vez Erik estaba demasiado cansado para notarlo.

—¿Por qué iba a querer ver al agente que encontró al chico? —le pregunta.

—Para entender por qué necesito interrogar...

Joonas se interrumpe cuando suena el teléfono de Daniella. Lo saca del bolsillo de su chaqueta, hace caso omiso de la mano tendida de ella y echa un vistazo a la pantalla.

—Probablemente es para mí —dice Joonas, y contesta—. Sí... No, lo quiero aquí. Vale, pero eso me da igual.

El comisario sonrío cuando escucha las objeciones de su compañero por el teléfono.

—Pero me he dado cuenta de una cosa —contesta.

Su interlocutor grita algo.

—Lo hago a mi manera —replica Jooná con voz calmada, y luego finaliza la llamada.

Le devuelve el teléfono a Daniella y le da las gracias en silencio.

—Tengo que interrogar al paciente —explica a continuación con seriedad.

—Lo siento —dice Erik—. Soy de la misma opinión que la doctora Richards.

—¿Cuándo podré hablar con él? —pregunta Jooná.

—No mientras se encuentre en estado de *shock*.

—Sabía que iba a decir eso —dice Jooná en voz baja.

—Su estado aún es crítico —explica Daniella—. La pleura está afectada, el intestino delgado también, el hígado y...

En la sala entra entonces un hombre con un uniforme de policía sucio. Su mirada es de preocupación. Jooná le hace una seña, se le acerca y le da la mano. Dice algo en voz baja y el policía se pasa la mano por la boca mirando a los médicos. El comisario de la judicial le repite al agente que necesitan conocer los detalles; eso podría serles de gran ayuda.

—Bueno, en fin —comienza el policía, y carraspea ligeramente—. Nos dicen por radio que un

limpiador ha encontrado a un hombre muerto en el baño del polideportivo de Tumba. Vamos en el coche por la carretera de Huddinge..., sólo tenemos que girar por Dalvägen y subir hacia el lago. Janne, mi compañero, entra mientras yo hablo con el limpiador. Primero pensamos que se trata de una sobredosis, pero en seguida me doy cuenta de que no es así. Janne sale del vestuario muy pálido y parece que no quiere dejarme pasar. Dice tres veces «No hay más que sangre», se sienta en la escalera y...

El policía se interrumpe, se sienta en una silla y mira al vacío con la boca entreabierta.

—¿Puedes continuar? —pregunta Joonna.

—Sí... La ambulancia llega al lugar, el muerto es identificado y se me encarga que hable con los familiares. Vamos un poco justos de personal, así que voy solo. Me manda mi jefa, dice más o menos que no quiere que Janne vaya en el estado en que se encuentra, y es comprensible...

Erik mira su reloj.

—Seguro que tiene tiempo para escuchar esto —le dice Joonna con su tranquilo deje finlandés.

—El fallecido —continúa el policía con la mirada baja— era profesor en el instituto de Tumba y vivía en la nueva urbanización de casas unifamiliares que hay en lo alto de la colina. Nadie abre la puerta. Llamo varias veces. En fin, no sé por qué pero finalmente rodeo toda la hilera de casas e ilumino el interior con la linterna a través de una ventana.

El policía se calla, la boca le tiembla y empieza a arañar el reposabrazos de la silla.

—Sigue, por favor —le pide Jooná.

—¿Es necesario? Porque yo..., yo...

—Encontraste al chico, a la madre y a una niña de cinco años. El chico era el único que aún seguía con vida.

—Pero yo creía..., yo...

Se calla, está muy pálido.

—Gracias por venir, Erland —dice Jooná.

El policía asiente con rapidez y se levanta de la silla, se pasa la mano confuso por la chaqueta sucia y se marcha de la sala.

—Los habían apuñalado a todos —continúa Jooná—. Una locura... Presentaban graves lesiones, les habían propinado patadas, pegado, acuchillado, y la niña... estaba cortada en dos. La parte inferior del tronco y las piernas estaban en el sillón delante de la televisión y... —Se interrumpe y observa a Erik antes de continuar—. Parece que el asesino sabía que el padre de familia estaba en el polideportivo —explica Jooná—. Había partido de fútbol, él era árbitro. El criminal esperó a que se quedara solo antes de matarlo, lo descuartizó..., lo descuartizó de un modo salvaje y luego fue a la casa para matar a los demás.

—¿Los hechos sucedieron en ese orden? —pregunta Erik.

—Así lo entiendo yo —contesta el comisario.

Erik nota que la mano le tiembla cuando se la

pasa por la boca. Padre, madre, hijo, hija, piensa lentamente, y luego mira a Jooná Linna.

—El asesino lo que pretendía era eliminar a la familia entera —constata Erik con voz débil.

Jooná hace un gesto de duda.

—Eso es lo que... Pero falta uno de los hijos, la hermana mayor. Una chica de veintitrés años. No conseguimos dar con ella. No se encuentra en su piso de Sundbyberg, ni tampoco en casa de su novio. Creemos que es posible que el asesino vaya también a por ella, por eso necesitamos interrogar al testigo cuanto antes.

—Entraré a hacerle una exploración detallada —dice Erik.

—Gracias —asiente Jooná.

—Pero no podemos poner en riesgo la vida del paciente con...

—Lo comprendo —interrumpe Jooná—. Es sólo que, cuanto más tiempo pase antes de que averigüemos algo con lo que trabajar, más tiempo tendrá el criminal para encontrar a la hija mayor.

—Quizá deberían investigar a fondo la escena del crimen —dice Daniella.

—Estamos en ello —contesta él.

—Vaya allí y métales prisa —insiste ella.

—De todas formas no dará ningún resultado —replica el comisario.

—¿Qué quiere decir?

—En ambos lugares encontraremos el ADN de cientos de personas.

Erik vuelve junto al paciente. Se queda de pie ante la cama, observa la palidez de sus rostro, cubierto de heridas. La respiración pesada. El entumecimiento de los labios. Erik pronuncia su nombre y algo se tensa dolorosamente en la cara del chico.

—Josef —repite lentamente—. Me llamo Erik Maria Bark, soy médico y voy a examinarte. Puedes asentir si entiendes lo que digo.

El chico está completamente inmóvil, su vientre se sacude con inspiraciones cortas. Sin embargo, Erik está convencido de que ha entendido sus palabras, aunque el nivel de conciencia ha caído después y el contacto se ha perdido.

Cuando Erik sale de la habitación media hora más tarde, Daniella y el comisario de la policía judicial lo miran.

—¿Saldrá adelante? —pregunta Joon.

—Es demasiado pronto para decirlo, pero...

—El chico es nuestro único testigo —lo interrumpe el policía—. Alguien ha matado a sus padres y a su hermana pequeña, y probablemente esa misma persona esté yendo en este momento a por su hermana mayor.

—Lo sabemos —dice Daniella—, pero pensamos que quizá la policía debería dedicar su tiempo a buscarla en lugar de molestarnos a nosotros.

—Estamos buscando, pero el proceso es demasiado lento. Necesitamos hablar con el chico porque probablemente él viera a su atacante.

—Podrían pasar semanas antes de que podamos interrogarlo —interviene Erik—. No podemos sacudirlo para insuflarle vida y contarle que toda su familia está muerta.

—Pero bajo un estado de hipnosis... —dice Joon.

Se hace el silencio en la sala. Erik piensa en la nieve que caía sobre el lago de Brunnsviken de camino hacia allí, en cómo descendía revoloteando entre los árboles sobre el agua oscura.

—No —murmura para sí.

—¿La hipnosis no funcionaría?

—No sé nada de eso —replica Erik.

—Tengo muy buena memoria —dice Joon con una amplia sonrisa— y sé que es un hipnotista famoso. Usted podría...

—Yo era un incompetente —lo interrumpe Erik.

—Eso no es lo que tengo entendido —dice Joon—. Además, ésta es una situación de emergencia.

Daniella se ruboriza y sonrío bajando la mirada.

—No puedo —repite Erik.

—En realidad, soy yo la responsable del paciente —dice Daniella en voz más alta—, y no me atrae especialmente la idea de permitir que se practique el hipnotismo con él.

—¿Y si supiera que no sería peligroso para el paciente? —pregunta Jooná.

Erik se da cuenta de que el comisario de la judicial había pensado desde el principio en el hipnotismo como un posible atajo. Entiende que no se trata en absoluto de una ocurrencia repentina. Jooná Linna le ha pedido que vaya al hospital para intentar convencerlo de que hipnotice al paciente, no porque sea un experto en el tratamiento de los estados de *shock* y los traumas agudos.

—Me prometí a mí mismo que no volvería a practicar el hipnotismo —dice Erik.

—Vale, lo comprendo —asiente Jooná—. Me han dicho que era usted el mejor, pero estoy obligado a respetar su elección.

—Lo siento —dice Erik.

Mira al paciente a través de la ventana y luego se vuelve hacia Daniella.

—¿Le habéis dado desmopresina?

—No, pensaba posponer el tratamiento —contesta ella.

—¿Por qué?

—Por el riesgo de complicaciones tromboembólicas.

—He seguido el debate sobre el tema, pero personalmente no estoy de acuerdo. Yo le doy desmopresina a mi hijo a menudo —dice Erik.

Jooná se levanta de la silla.

—Le agradecería que me recomendara a otro hipnotista —dice.

—No sabemos siquiera si el paciente recuperará la conciencia —replica Daniella.

—Cuento con que...

—Tiene que estar consciente para que se lo pueda hipnotizar —concluye ella, y tensa un poco la boca.

—Estaba escuchando cuando Erik le ha hablado —dice Jooná.

—No lo creo —masculla ella.

—Sí, la verdad es que me ha oído —interviene Erik.

—Podríamos salvar a su hermana... —continúa Jooná.

—Me voy a casa —dice Erik en voz baja—. Dale desmopresina al paciente y evalúa la posibilidad de trasladarlo a la cámara hiperbárica.

Se marcha de la sala y se quita la bata de médico mientras recorre el pasillo y entra en el ascensor. En el vestíbulo hay algunas personas. Las puertas están abiertas y ve que el cielo ha empezado a clarear. Tras sacar el coche de su plaza de parking se estira para coger la cajita de madera que lleva en la guantera. Sin quitar la vista de la calzada, levanta la tapa, en la que se ve un papagayo y un indígena, saca tres pastillas y se las traga con rapidez. Tiene que conseguir dormir un par de horas esa mañana antes de despertar a Benjamin y administrarle su inyección.

Martes 8 de diciembre, por la mañana

El comisario de la policía judicial Joonas Linna pide una tostada grande de parmesano, *bresaola* y tomates secos en Il Caffè, el pequeño establecimiento donde sirven desayunos de la calle Bergsgatan. Es primera hora de la mañana y la cafetería acaba de abrir: a la chica que toma nota de su pedido aún no le ha dado tiempo de sacar los panes de las bolsas.

Tras inspeccionar el día anterior a última hora de la noche las escenas del crimen en Tumba, visitar a la víctima superviviente en el hospital Karolinska de Solna y hablar de madrugada con los dos médicos, Daniella Richards y Erik Maria Bark, Joonas se fue a casa, a su piso de Fredhäll, donde durmió tres horas.

Mientras espera su desayuno, mira hacia el Palacio de Justicia a través del cristal empañado de la ventana y piensa en el pasadizo subterráneo que se extiende bajo el parque entre dicho edificio y la comisaría de policía. Le devuelven su tarjeta

de crédito, coge prestado un bolígrafo enorme que hay sobre el mostrador de cristal, firma el recibo y sale del café.

El aguanieve cae profusamente del cielo mientras se apresura calle Bergsgatan arriba con su tostada caliente en una mano y la bolsa de deporte con el palo de *bandy* en la otra.

«Esta noche nos enfrentamos a los de investigación... Pobres de nosotros —piensa Jooná—. Nos van a dar una paliza, tal y como han prometido.»

El equipo de *bandy* de la policía judicial pierde habitualmente contra la policía de Seguridad Ciudadana, la policía de tráfico, la policía marítima, las fuerzas de operaciones especiales, la policía antidisturbios y el servicio secreto. Pero eso les proporciona un motivo válido para quedar y consolarse luego en el pub.

«A los únicos a los que hemos ganado son los viejos del laboratorio», piensa Jooná.

Mientras camina a lo largo de la fachada de la comisaría, por delante de la entrada principal, no tiene ni idea de que ese martes ni jugará al *bandy* ni irá al pub. Observa que alguien ha dibujado una esvástica en el cartel que señala la sala de vistas de los juzgados. Continúa a grandes pasos hacia la prisión de Kronoberg y ve que la alta valla se cierra sin hacer ruido detrás de un coche. Los copos de nieve se derriten en el gran cristal de la garita de vigilancia. Jooná pasa frente a la piscina cubierta de la policía y cruza el césped hacia el muro del

enorme complejo. Bajo el agua, la fachada parece hecha de cobre oscuro, bruñido, se dice. No hay bicicletas en la larga estructura pensada para estacionarlas junto a la sala de vistas, las banderas cuelgan mojadas a lo largo de ambas astas. Jooná pasa medio corriendo entre dos bolardos de metal y, bajo el alto techo de cristal escarchado, golpea con los pies en el suelo para sacudirse el agua de los zapatos. Luego accede a través de las puertas de entrada de la Dirección General de Policía.

En Suecia, el Ministerio de Justicia es responsable de la estructura policial, pero carece de competencias para decidir cómo aplicar la ley. La autoridad administrativa central es la Dirección General de Policía. De ella dependen la Dirección General de Policía, la Dirección Nacional de Policía Judicial, el servicio secreto, la Escuela Superior de Policía y el Laboratorio Nacional de la Policía Científica.

La Dirección Nacional de Policía Judicial es el único cuerpo operativo central de Suecia con competencias para luchar contra la delincuencia más grave a nivel nacional e internacional. Jooná Linna trabaja allí como comisario desde hace nueve años.

Jooná recorre su pasillo, se quita el gorro junto al tablón de anuncios, pasea la mirada por los carteles sobre yoga, el de alguien que quiere vender una autocaravana, información del sindicato OFR/P y los cambios de horario del club de tiro.

El suelo, que se fregó el viernes anterior, está ya muy sucio. La puerta de Benny Rubin está entreabierta. El hombre, de unos sesenta años, bigote canoso y piel arrugada, destrozada de tomar el sol, formó parte del grupo Palme¹ durante algunos años, pero ahora se dedica al trabajo relacionado con la central de comunicaciones y la transición al nuevo sistema de radio, llamado Rakel. Está sentado ante el ordenador con un cigarrillo en la oreja, y escribe con una lentitud pasmosa.

—Tengo ojos en el cogote —dice de repente.

—Quizá eso explique por qué escribes tan mal —bromea Joonas.

Se da cuenta de que el último hallazgo de Benny es un póster publicitario de la compañía aérea SAS: una mujer joven, un tanto exótica, de pie con un biquini minúsculo, que bebe un cóctel de frutas con una pajita. Benny se tomó como una provocación la prohibición de colgar calendarios con chicas ligeras de ropa, hasta tal punto que la mayoría pensó que presentaría su dimisión. En lugar de eso, sin embargo, lleva muchos años dedicado a una protesta silenciosa y obstinada. El primero de cada mes cambia la decoración de la pared. Nadie ha dicho que estén prohibidos los anuncios de compañías aéreas, imágenes de patinadoras sobre

1. Nombre con el que se conoce al equipo responsable de la investigación del asesinato del primer ministro sueco Olof Palme. (*N. de la t.*)

hielo con las piernas muy abiertas, posturas de yoga o anuncios de ropa interior de H&M. Jooná recuerda un póster de la velocista Gail Devers con unos *shorts* ajustados, así como una atrevida litografía del artista Egon Schiele que representaba a una mujer pelirroja con un par de pololos sentada con las piernas abiertas.

Jooná se detiene para saludar a su asistente y compañera Anja Larsson. Está sentada ante el ordenador con la boca medio abierta y su cara redonda muestra una expresión tan concentrada que opta por no molestarla. En lugar de eso, continúa hasta su despacho, cuelga el abrigo mojado tras la puerta, enciende la estrella de Navidad que cuelga de la ventana y repasa rápidamente su bandeja: un memorándum sobre el entorno laboral, una propuesta sobre bombillas de bajo consumo, una solicitud de la fiscalía y una invitación personal al bufet navideño del Skansen.²

Luego sale de su despacho, entra en la sala de reuniones, se sienta en su sitio habitual, abre el paquete con la tostada y empieza a comer.

En la gran pizarra blanca que cuelga de la larga pared de la sala puede leerse: «Vestimenta, equipamiento de protección corporal, armas, gas lacrimógeno, equipos de comunicación, vehícu-

2. Museo al aire libre de Estocolmo en el que hay jardines y un parque zoológico, y en el que asimismo se celebran festivales populares y actividades de ocio y culturales. (*N. de la t.*)

los, otros recursos técnicos, canales, señales de radio, opciones de vigilancia, silencio radiofónico, códigos, pruebas de conexión.»

Petter Näslund se detiene en el pasillo, sonríe complacido y se apoya contra el marco de la puerta, dando la espalda a la sala de reuniones. Petter es un hombre musculoso y calvo de unos treinta y cinco años, comisario con funciones especiales, lo que lo convierte en el superior más directo de Joonas. Lleva varios años flirteando con Magdalena Ronander sin percatarse de sus miradas molestas y sus constantes intentos de pasar a un tono más profesional. Magdalena es inspectora en el Departamento de Investigación desde hace cuatro años, y tiene como objetivo finalizar sus estudios de derecho antes de cumplir los treinta.

Petter baja la voz y le pregunta a Magdalena qué arma reglamentaria prefiere utilizar ella, y con qué frecuencia cambia de pistola porque las estrías se le han desgastado. Como si no se diera cuenta del doble sentido, ella le explica que lleva un cálculo meticuloso de los disparos realizados.

—Pero te gustan bien grandes, ¿no? —dice Petter.

—No, yo uso una Glock 17 —contesta ella—, porque acepta muchas de las municiones de nueve milímetros reglamentarias.

—¿No usas checas?...

—Sí, aunque... mejor la m39B —dice ella.

Los dos entran en la sala de reuniones, se sientan en sus sitios y saludan a Jooná.

—Además, la Glock tiene la salida de los gases de la pólvora a un lado del punto de mira —continúa ella—. El retroceso se reduce un montón y así puedes realizar el siguiente disparo con mayor rapidez.

—¿Qué opina el Mumin?³ —pregunta Petter.

Jooná sonríe levemente y sus ojos gris claro se vuelven traslúcidos como el hielo cuando contesta con su cantarín acento finlandés:

—Que no tiene ninguna importancia; son cosas totalmente diferentes las que resultan decisivas.

—Entonces no necesitas saber disparar —se ríe Petter.

—Jooná es un buen tirador —dice Magdalena Ronander.

—Él es bueno en todo —suspira Petter.

Magdalena lo ignora y se vuelve hacia Jooná.

—La mayor ventaja de la Glock compensada es que los gases de la pólvora no se ven salir del cañón cuando está oscuro.

—Efectivamente —asiente Jooná en voz baja.

Ella parece estar contenta mientras abre su cartera de piel negra y empieza a hojear sus papeles. Benny entra, se sienta, mira a todos los presen-

3. Conocidos personajes de la literatura infantil creados por la escritora Tove Jansson, finlandesa de habla sueca, al igual que Jooná. (*N. de la t.*)

tes, golpea con fuerza el tablero de la mesa con la palma de la mano y luego sonríe ampliamente cuando Magdalena Ronander le lanza una mirada irritada.

—He cogido el caso de Tumba —dice Joono.

— Qu  caso? —pregunta Petter.

—El de una familia entera que ha sido asesinada a cuchilladas.

—No tiene nada que ver con nosotros —replica Petter.

—Creo que podría tratarse de un asesino en serie, o al menos...

—Venga ya —lo interrumpe Benny, mira a Joono a los ojos y vuelve a golpear la mesa con la palma de la mano.

—Ha sido sólo un ajuste de cuentas —continúa Petter—. Préstamos, deudas, juego... El hombre era conocido en el hipódromo de Solvalla.

—Un lud pata —confirma Benny.

—Le habían prestado dinero en círculos delictivos locales y tuvo que pagar por ello —concluye Petter.

Se hace el silencio. Joono bebe un poco de agua, coge algunas migas de la tostada y se las lleva a la boca.

—Tengo un presentimiento acerca de este caso —dice luego a media voz.

—Entonces pide el traslado —sonríe Petter—. Esto no es para la judicial.

—Yo creo que s .

—Tendrás que trasladarte a Seguridad Ciudadana de Tumba si quieres el caso —dice Petter.

—Pienso investigar esos asesinatos —insiste Joona, obstinado.

—Soy yo el que decide esas cosas —replica Petter.

Yngve Svensson entra entonces y se sienta. Lleva el pelo engominado y peinado hacia atrás, luce unas grandes ojeras de color azulado, barba rojiza de dos días y, como de costumbre, viste un traje negro arrugado.

—*Yngwie* —dice Benny con satisfacción.

Yngve Svensson es uno de los principales expertos en crimen organizado del país, es responsable de la sección de análisis y pertenece a la unidad internacional de cooperación policial.

—Yngve, ¿qué opinas tú de lo de Tumba? —pregunta Petter—. Lo acabas de ver, ¿verdad?

—Sí, y parece ser algo local. El cobrador va a la casa. El padre debería haber estado allí a esas horas, pero resulta que está haciendo una sustitución como árbitro en un partido de fútbol. El cobrador probablemente se ha metido *speed* y Rohypnol, está desequilibrado, nervioso, y algo lo provoca. Entonces ataca a la familia con un cuchillo de caza para que le digan donde está el hombre; seguramente le cuentan la verdad, pero se le cruzan los cables y los mata a todos antes de marcharse al polideportivo.

Petter sonrío con desdén, bebe un par de tra-

gos largos de agua, eructa tapándose la boca con la mano, mira a Joona y pregunta:

—¿Qué dices a esa explicación?

—Que sería buena si no estuviera totalmente equivocada —contesta él.

—¿Qué es lo que está equivocado? —inquire Yngve.

—El asesino mató primero al hombre en el campo de fútbol —contesta Joona tranquilamente—. Luego fue a la casa y mató a los demás.

—Entonces, difícilmente podría ser un ajuste de cuentas —interviene Magdalena Ronander.

—Ya veremos qué dice la autopsia —masculla Yngve.

—Dirá que tengo razón —replica Joona.

—Idiota —le espeta Yngve, y se mete un par de pastillas de tabaco bajo la lengua.

—Joona, no voy a darte este caso —dice Petter.

—Lo comprendo —suspira él, y se levanta de la mesa.

—¿Adónde vas? Estamos en una reunión —dice Petter.

—Tengo que hablar con Carlos.

—No sobre esto.

—Sí —contesta Joona, y sale de la habitación.

—Quédate —lo llama Petter—. De lo contrario tendré que...

Joona no oye con qué lo amenaza, tan sólo cierra la puerta tranquilamente tras de sí, continúa por el pasillo y saluda a Anja, que lo mira con

gesto inquisitivo por encima de la pantalla del ordenador.

—¿No estabas reunido? —pregunta ella.

—Sí —contesta él, y continúa hasta el ascensor.

En la quinta planta están la sala de juntas de la Dirección General de Policía y la secretaría, y allí se encuentra también Carlos Eliasson, jefe de la Dirección Nacional de Policía Judicial. La puerta está entreabierta, pero como de costumbre está más cerrada que abierta.

—Pasa, pasa —dice Carlos.

Cuando Joonas entra, el rostro de Carlos muestra una expresión tanto de preocupación como de alegría.

—Iba a dar de comer a mis chiquitines —dice, y da unos golpecitos en el borde del acuario.

Mira sonriente los peces que nadan hacia la superficie y luego espolvorea un poco de comida sobre el agua.

—Ahí tienes un poquito —murmura.

Carlos señala la comida al pez más pequeño, *Nikita*, y luego se vuelve y dice amablemente:

—El Departamento de Homicidios ha preguntado si podías echar un vistazo al asesinato de Dalarna.

—Eso pueden resolverlo ellos solos —dice Joonas.

—Pues ellos no parecen pensar lo mismo: Tommy Kofoed ha estado aquí para intentarlo...

—No tengo tiempo —lo interrumpe Joonas.

Se sienta enfrente de Carlos. El despacho huele bien, a cuero y madera. El sol entra jugueteando a través del acuario.

—Quiero encargarme del caso de Tumba —dice Jooná sin rodeos.

Una expresión preocupada domina por un instante el rostro arrugado y cálido de Carlos.

—Petter Näslund me ha llamado hace un segundo; tiene razón, esto no es asunto de la policía judicial —dice con precaución.

—Yo creo que sí —se empeña Jooná.

—Sólo si el ajuste de cuentas tiene relación con el crimen organizado, Jooná.

—No ha sido un ajuste de cuentas.

—¿No?

—El asesino atacó primero al padre —afirma Jooná—. A continuación fue a la casa para seguir con la familia. Quería matarlos a todos. Encontrará a la hija mayor y encontrará también al chico, si es que sobrevive.

Carlos dirige una rápida mirada a su acuario, como si tuviera miedo de que los peces hayan podido oír algo desagradable.

—Ah —dice, escéptico—. ¿Cómo lo sabes?

—Porque las pisadas sobre la sangre eran más cortas en la casa.

—¿Qué quieres decir?

Jooná se inclina hacia adelante.

—Había huellas de pisadas por todos los lados —dice—, no las medí, pero tuve la sensación de

que los pasos del vestuario eran..., bueno, más ágiles, y los de la casa, más cansados.

—Ya estamos... —dice Carlos, agotado—. Ya la estás liando otra vez.

—Pero tengo razón —contesta Jooná.

Carlos niega con la cabeza.

—No creo que la tengas esta vez.

—Sí que la tengo.

Carlos se vuelve de nuevo hacia los peces.

—Este Jooná Linna es la persona más testaruda que he conocido nunca —dice.

—¿Por qué debo echarme atrás cuando sé que tengo razón?

—No puedo pasar por encima de Petter y asignarte el caso sobre la base de un presentimiento —explica Carlos.

—Sí puedes.

—Todos creen que se trata de un ajuste de cuentas por deudas de juego.

—¿Tú también? —pregunta Jooná.

—La verdad es que sí.

—Las huellas eran más ágiles en el vestuario porque el asesino mató primero al hombre —insiste Jooná.

—No te rindes nunca, ¿verdad?

Jooná se encoge de hombros y sonríe.

—Es mejor que llame directamente al instituto forense —masculla Carlos, y coge el teléfono.

—Dirán que tengo razón —replica el comisario con la mirada baja.

Joona Linna es consciente de que es una persona testaruda, y sabe que necesita de su testarudez para avanzar. Quizá todo empezó con el padre de Joona, Yrjö Linna, que era patrullero en el distrito policial de Märsta. En una ocasión se encontraba en el camino antiguo de Uppsala, al norte del hospital Löwenströmska, cuando la central recibió un aviso y lo mandaron a la calle Hammarbyvägen, en Upplands Väsby. Al parecer, un vecino había llamado a la policía para denunciar que estaban pegando otra vez a los hijos de Olsson. Suecia había sido el primer país del mundo en prohibir el castigo físico a los niños, en el año 1979, la policía había recibido instrucciones de que se tomaran en serio la nueva ley. Yrjö Linna entró en el patio del bloque de pisos con el coche y estacionó delante del portal. Esperó a su compañero, Jonny Andersen, pero al ver que no aparecía lo llamó pasados unos minutos. Resultó que Jonny estaba en la cola del puesto de salchichas De Mamá, y le dijo que, en su opinión, un hombre debía mostrar a veces quién mandaba en casa. Yrjö Linna era un tipo callado. Sabía que el reglamento exigía que acudieran dos agentes a las intervenciones de ese tipo, pero no insistió; no dijo nada pese a ser consciente de que tenía derecho a solicitar refuerzos. No quería dar la lata, no quería parecer cobarde y no podía esperar, así que subió la escalera hasta el tercer piso y llamó a la puerta. Le abrió una niña de ojos asustados. Él le pidió que se quedara en el

rellano, pero ella negó con la cabeza y corrió hacia el interior del piso. El policía la siguió, entró en el salón y vio que la pequeña golpeaba la puerta del balcón. Yrjö descubrió entonces que fuera había un niño que sólo llevaba puesto un pañal; aparentaba dos años. Se apresuró a cruzar la habitación para socorrer al pequeño, pero se percató demasiado tarde de la presencia del borracho. Estaba tranquilamente sentado en el sofá, tras la puerta, con la cara vuelta hacia el balcón. Yrjö tenía que usar las dos manos para quitar el pestillo y girar el picaporte, pero se detuvo al oír el clic de la escopeta de postas. Treinta y seis perdigones de plomo le atravesaron la columna vertebral y lo mataron casi instantáneamente.

Joonas, que por aquel entonces tenía once años, se trasladó con Ritva, su madre, de la luminosa casa en Märsta Centrum al piso de dos dormitorios de su tía materna en Fredhäll, en Estocolmo. Tras terminar la escuela primaria y pasar tres años en el instituto de bachillerato de Kungsholmen, solicitó el ingreso en la Escuela Superior de Policía. Todavía piensa con frecuencia en su grupo de amigos, en los paseos por las grandes extensiones de hierba, la tranquilidad previa al período de prácticas y los primeros años tras licenciarse como policía. Durante todos estos años, a Joonas Linna le han caído sus buenas dosis de trabajo de oficina; ha colaborado en los planes de igualdad y trabajo sindical; ha hecho de guardia de tráfico en el maratón

de Estocolmo y en cientos de accidentes; se ha sentido avergonzado cuando los gamberros se han metido con sus colegas femeninas cantando a voz en grito en los vagones del metro: «Mujer policía, ¿qué haces con esa porra? ¡Para adentro y para afuera!»; ha encontrado heroinómanos muertos con heridas necrosadas; ha mantenido conversaciones con numerosos rateros; ha ayudado al personal de las ambulancias con borrachos que vomitaban; ha hablado con prostitutas temblorosas por el síndrome de abstinencia, enfermas de sida, asustadas; ha visto a cientos de hombres que habían maltratado a sus esposas y a sus hijos, siempre con el mismo patrón, borrachos pero con control, con la radio a todo volumen y las persianas bajadas; ha parado a conductores por exceso de velocidad y a otros que iban bebidos; se ha incautado de armas, drogas y alcohol de fabricación casera. Una vez, cuando estaba de baja por un pinzamiento vertebral y había salido a dar un paseo para no entumecerse, vio que un cabeza rapada agarraba del pecho a una mujer musulmana en el exterior de la escuela de Klastorp. A pesar del dolor de espalda, corrió tras el neonazi a lo largo de la orilla del lago, a través de todo el parque, pasó de largo Smedsudden, subió por el puente Västerbron, cruzó el lago y la isla de Långholmen hasta la de Södermalm y lo atrapó en los semáforos de la calle Högalidsgatan.

Sin un verdadero deseo de hacer carrera, Joonna Linna ha ascendido en el escalafón. Le gustan

las misiones cualificadas y nunca se rinde. Lleva en su distintivo de rango una corona y dos galones de hojas de roble, pero le falta el cordón cuadrado por servicios especiales. Sencillamente no le interesa la jefatura y se niega a ingresar en el Departamento Nacional de Homicidios.

En esta mañana de diciembre, Joona sigue aún sentado en el despacho del jefe de la policía judicial. Aún no siente el cansancio tras la larga noche en Tumba y el hospital Karolinska mientras escucha hablar a Carlos Eliasson con el director adjunto del instituto forense de Estocolmo, el profesor Nils Åhlén, más conocido como *Nålen*.

—No, sólo necesito saber cuál es la primera escena del crimen —dice Carlos, y luego escucha durante un rato—. Lo comprendo, lo comprendo..., pero por el momento, ¿cuál es tu impresión?

Joona se reclina en el respaldo del asiento, se rasca la cabeza —lleva el pelo rubio revuelto—, y observa cómo el jefe de la judicial enrojece cada vez más. Carlos escucha la voz monótona de Nålen y, en lugar de responder, sólo asiente y luego cuelga sin despedirse.

—Ellos..., ellos...

—Ellos han constatado que mataron primero al padre —Joona termina la frase por él.

Carlos asiente.

—¿Qué te había dicho? —dice Joona, sonriente. Carlos baja la mirada y carraspea.

—Vale, a partir de ahora estás al mando de la investigación —dice—. El caso de Tumba es tuyo.

—Un momento... —contesta Joona, serio.

—¿Cómo que un momento?

—Primero quiero oír una cosa. ¿Quién es el que tenía razón? ¿Tú o yo?

—¡Tú! —grita Carlos—. Por Dios, Joona, ¿qué te pasa? ¡Tenías razón como siempre!

Joona se cubre la boca con la mano para que su jefe no vea que está sonriendo, y se levanta.

—Ahora tengo que interrogar a mi testigo antes de que sea demasiado tarde.

—¿Vas a interrogar al chico? —pregunta Carlos.

—Sí.

—¿Has hablado con el fiscal?

—No tengo intención de transferirles las diligencias mientras no tenga un sospechoso —dice Joona.

—No, no quería decir eso —contesta Carlos—. Tan sólo es que creo que es buena idea que el fiscal tome parte si vas a hablar con un chico que se encuentra en un estado tan grave.

—Vale, lo que dices es sensato, como siempre. Llamaré a Jens —conviene Joona, y se marcha.